



Quintana. Revista de Estudos do  
Departamento de Historia da Arte

ISSN: 1579-7414

revistaquintana@gmail.com

Universidade de Santiago de Compostela  
España

Vigo Trasancos, Alfredo

EN PIE DE GUERRA: IMÁGENES ESTRATÉGICAS DE LOS PUERTOS DE A CORUÑA  
Y FERROL ANTE LA AMENAZA DE UN ATAQUE NAVAL (1621-1639)

Quintana. Revista de Estudos do Departamento de Historia da Arte, núm. 14, 2015, pp.  
35-58

Universidade de Santiago de Compostela  
Santiago de Compostela, España

Disponibile en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65349338005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# EN PIE DE GUERRA: IMÁGENES ESTRATÉGICAS DE LOS PUERTOS DE A CORUÑA Y FERROL ANTE LA AMENAZA DE UN ATAQUE NAVAL (1621-1639)<sup>1</sup>

Alfredo Vigo Trasancos

Universidade de Santiago de Compostela

## RESUMEN

El fin de la Tregua de los Doce Años con Holanda y la posterior entrada en guerra de Inglaterra y Francia obligó a la monarquía española a conocer el estado de nuestros principales puertos atlánticos, en previsión de que pudiesen ser atacados por el enemigo. Para ello fueron solicitados a los gobernadores de los reinos periféricos informes sobre su estado militar buscando ponerlos en situación de defensa. Galicia no fue una excepción, dada la posición que ocupaban los puertos de A Coruña y Ferrol en la política naval del gobierno de los Austrias; de ahí que, junto a informes escritos, también se realizasen planos de gran precisión para enviar al rey, dándole cuenta de su estado, de lo que guardaban de interés y de sus necesidades militares, básicas para repeler un ataque.

Palabras clave: A Coruña, Ferrol, Golfo Ártabro, Pedro Texeira, Juan Santáns Tapia, Francisco Manuel de Melo, guerra, siglo XVII

## ABSTRACT

The end of the Twelve Year Truce with the Netherlands and the subsequent wars with England and France forced the Spanish monarchy to review the state of our main Atlantic ports, in preparation for possible enemy attacks on them. The governors of the outlying kingdoms were thus requested to provide reports on their military capabilities, the aim being to ensure they were in a state of defensive readiness. Galicia was among them, owing to the position occupied by the ports of A Coruña and Ferrol in the naval policy of the Habsburg government. Along with written reports, very precise drawings were made and sent to the king, advising him of the status of the ports, what they held of interest, and their military needs, essential in repelling attacks.

Keywords: A Coruña, Ferrol, Gulf of Artabro, Pedro Texeira, Juan Santáns Tapia, Francisco Manuel de Melo, war, 17th century

*Abrese aquí a terra a receber o mar, donde forma hunha  
fermosissima abra, pella qual se servem tres grandes portos:  
Corunha, Ferrol & Betanços; a esta abra chamaraon os  
antigos: A Ganude*

Francisco Manuel de Melo, *Epanaphora Tragica Segunda*, 1627

## Tiempos de guerra: 1621-1639

1621 fue, sin duda, una fecha decisiva para la monarquía española pues supuso el comienzo de una nueva situación de guerra prolonga que puso en acción a todos los puertos atlánticos de la península y, más aún, a los cantábricos que, como los de A Coruña y Ferrol, formaban un

tándem complementario que señoreaba un enclave marítimo fundamental como era el Golfo Ártabro. No debe olvidarse que entonces concluyó la Tregua de los Doce Años que volvió a situar a Holanda entre las potencias navales más hostiles al imperio español; sólo tres años después, en 1624, se añadía al bloque antiespañol la Inglate-

rra de Jacobo I y más tarde se sumó a tan importantes enemigos la Francia de Luís XIII y el cardenal Richelieu que, a partir de 1635, le declararía la guerra a España y puso en marcha un programa de agresión naval que resultó muy pernicioso para nuestras costas. Por lo tanto, ante una situación marítima tan hostil y belicosa, no puede sorprender que la monarquía del joven rey Felipe IV, guiada en estos momentos por su valido el conde-duque de Olivares, tratase de conocer el estado de nuestros puertos, consciente seguramente de que, en cualquier momento, algún enclave marítimo peninsular podía ser víctima de una agresión, bien para destruir la villa elegida procediendo a su saqueo y posterior incendio o, sencillamente, porque el puerto atacado había sido escogido por concentrar las muchas flotas que daban forma al poderío naval español y de este modo se ponía en entredicho su seguridad militar. Y ese fue el caso, en efecto, del ataque a Cádiz, entre los días 1 y 7 de noviembre de 1625, por parte de la armada anglo-holandesa al mando de Sir Edward Cecil<sup>2</sup>, que fracasó en su empeño gracias a la defensa del gobernador de la plaza Fernando Girón, bien secundado por el duque de Medina Sidonia y que tuvo la suerte de ser pintado con gran brillantez por Francisco Zurbarán para decorar las nobles paredes del Salón de Reinos del palacio del Buen Retiro<sup>3</sup> (Fig. 1). Tampoco podemos olvidar la quema de la escuadra española fondeada en el puerto de

Guetaria, en 1638, que fue, sin duda, uno de los episodios más dramáticos de la guerra contra Francia y que tuvo como grandes protagonistas al almirante español Lope de Hoces y al arzobispo de Burdeos Henri d'Escoubleau de Sourdis que resultó vencedor en el combate<sup>4</sup>. Sólo un año después, en agosto de 1639, el mismo arzobispo volvía a manifestar su poderío en las villas cántabras de Santoña y Laredo que también se vieron asoladas en este contexto de guerra<sup>5</sup>. Por consiguiente, como colofón a esta época tan aciaga para el dominio español de los mares, sólo resta mencionar la gran derrota sufrida por nuestra armada en la batalla de Las Dunas, acontecida el 21 de octubre de ese año frente a la flota holandesa, pues supuso, en efecto, para la España de los Austrias, el fin de todo un sueño de poder naval.

### 1621. Inicio de hostilidades con los Países Bajos

Aunque pueda resultar sorprendente, dada la envergadura que entonces seguía teniendo el imperio hispánico, a la altura de 1621 el conocimiento que el gobierno tenía de las costas españolas y más en particular de las norteñas no era demasiado preciso y menos aún en el plano de sus condiciones defensivas que eran, obviamente, decisivas. Y quizá por ello, es en este contexto de inicio de las hostilidades con los Países Bajos holandeses, cuando Felipe IV encarga, en 1622, al cartógrafo portugués Pedro Texeira, la confección de la "Descripción de España y de las costas y puertos de sus reynos"<sup>6</sup> que no sólo va a constituir una apreciable descripción visual de todas las costas ibéricas tomadas desde el mar y desde gran altura, como si fuesen contempladas a vista elevada de pájaro, sino que también supondrá una puntual exposición de todas aquellas cuestiones que podían tener una importancia militar explícita; es decir, lugares en donde una flota podía fondear, surgideros y arenales donde podían desembarcar las tropas enemigas, las villas y lugares principales que se encontraban en su territorio, las defensas militares que guardaban sus puertos, los ríos y puentes que los cruzaban o incluso las murallas que defendían los distintos núcleos de población, destacando además si eran éstas "a la antigua" o de diseño moderno y, por



Fig. 1. Defensa de Cádiz contra los ingleses en 1625, Francisco Zurbarán, 1634-1635, Museo Nacional del Prado, Madrid (Foto: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Francisco\\_de\\_Zurbar%C3%A1n\\_014.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Francisco_de_Zurbar%C3%A1n_014.jpg)).

tanto, preparadas para un ataque con armas de fuego de grueso calibre. No faltan tampoco en las representaciones las formas orográficas del terreno, los abruptos acantilados, la descripción de los valles más tranquilos y humanizados o las profundas lejanías que se encontraban al fondo con los preciosos celajes de los cielos; y esto sin olvidar que, junto a su brillante colorido pintado a la témpera y su atractiva visión paisajística, también se mencionan en las descripciones del portugués las edificaciones más importantes que, por alguna razón, completaban la visión de todo el conjunto: ermitas, iglesias, conventos, molinos, fuentes, astilleros, diques portuarios o atalayas, lo que se acompañaba a su vez con un texto escrito por el mismo autor que explicaba también al detalle todos los pormenores visuales incluidos en el atlas, aunque ciertamente en un manuscrito independiente. Así pues, con respecto al encargo regio tienen razón Felipe Pereda<sup>7</sup> y Agustín Hernando al ponerlo en relación con la sensación de vulnerabilidad que se vivía en las fronteras marítimas y en el conocimiento visual de cuáles eran sus defensas<sup>8</sup>. Esto explica que, aunque fuese concluido mucho después, en 1634, ante el incremento que experimentó la beligerancia atlántica en esa década, nunca se dieran ni atlas ni texto al conocimiento público, seguramente porque una cuestión estratégica de tal magnitud debía de ser un secreto de estado muy reservado, tal como indica el reputado historiador Richard Kagan<sup>9</sup>.

En cualquier caso, como no podía ser de otra manera, la "Descripción" de Texeira incluye en su recorrido costero las visiones y comentarios referidos a los puertos gallegos de A Coruña y Ferrol que deben aportar una información referida al año 1622 –más que a la de 1634 que aparece en el Atlas–, al ser a finales de esta data cuando consta la estancia en Galicia del cartógrafo portugués para recabar datos e información<sup>10</sup>, coincidiendo con el mandato del gobernador Rodrigo Pacheco Osorio, III marqués de Cerralbo (1615-1624).

Los dos puertos aparecen, de hecho, descritos en sendas vistas orientadas en sentido nortesur que pueden considerarse complementarias. El de A Coruña dando cuenta de su apertura y accesibilidad al Océano y expuesto, por consi-

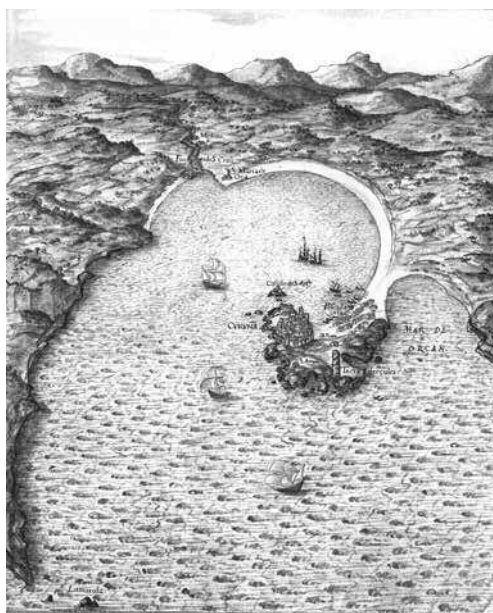


Fig. 2. Vista del puerto de A Coruña, 1634, Pedro Texeira, Biblioteca Nacional de Austria, Viena, Codex Miniatus 46, fol. 32v. (Foto: Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), *El Atlas del rey planeta*, Editorial Nerea, Hondarribia, 2002).

guiente, a los embates del mar (Fig. 2), aunque ciertamente presidido por una amplia bahía que servía de espléndido fondeadero en tiempos de calma y el de Ferrol, en cambio, resguardado en una ría profunda y muy cerrada a los mares que lo dotaban con unas condiciones de seguridad legendarias; estaban además los dos muy próximos entre sí, compartiendo la misma entrada, al igual que la inmediata ría de Ares-Pontedeume y Betanzos. Y por esa razón se entiende que en su comentario escrito Pedro Texeira no deje de señalar esta relación y complementariedad portuarias al decir que A Coruña no era puerto "seguro para los navíos, por ser una plaia abierta sin abrigo ninguno y de muy poco fondo, y así obliga a los navíos a dar fondo más de un quarto de legua a la mar donde ventando un poco rezio están en conocido peligro. Y los navíos que con alguna neçicidad no pueden azer su biage o que deben asestir muncho en este puerto ban a ynbernar al Ferrol, que queda a quatro leguas de la ciudad de La Coruña"<sup>11</sup>. Además, no sólo aporta este comentario, sino que el dibujo deja ver en toda su deslumbrante belleza que la bahía coruñesa tenía muchos surgideros en donde se

podía desembarcar con facilidad a lo largo de toda su concha –todavía estaba cercano en el tiempo el desembarco y ataque posterior de los ingleses en 1589–, desde el arenal de Mera hasta la playa de Oza, pasando por la de Santa Cruz o incluso por la breve cala de San Amaro que estaba muy próxima al núcleo de población. Dice también Texeira que A Coruña era “el más principal lugar de toda la costa deste reyno”, una plaza fuerte destacada y, a los efectos, la capital administrativa del Reino de Galicia por ser sede de la Audiencia y de la gobernación, indicando asimismo que estaba formada por dos asentamientos urbanos distintos y perfectamente separados; uno llamado “Ciudad” –se refiere a lo que hoy llamamos Ciudad Vieja–, que estaba encaramada en un promontorio rocoso rodeado por el mar a manera de península y que estaba fortificada por el mediodía y el levante “con muy costosos baluartes y cortinas, guarnecidos de grueças pieças de artillería y, por la parte de tierra, de buena muralla con sus torres y cubos”; y el otro llamado por el contrario “Pescadería” y que se extendía a manera de arrabal por el istmo arenoso que unía el promontorio con tierra firme y que estaba presidido por dos calles principales y definido por dos zonas de mar, una de aguas inquietas y agitadas que llama “mar de Orçan” y otro de aguas más calmas donde se encontraba el varadero en donde arrimaban las barcas los pescadores. Dice del arrabal, no obstante, que por su tamaño y demografía era “mayor en población que la Ciudad”<sup>12</sup> (Fig. 3).

Ahora bien, entre la información más destacada que aporta Texeira la de tipo militar es, obviamente, la más valiosa. No es casual que ponga en el manuscrito especial empeño en mencionar las fortificaciones de la Ciudad Vieja, tal como se ha señalado, aludiendo a los baluartes y lienzos que se habían levantado tras el ataque de Drake, durante los mandatos sucesivos de los gobernadores Diego das Mariñas (1593-1596 y 1606-1607) y Luís Carrillo de Toledo, conde de Caracena (1596-1606)<sup>13</sup>. No obstante, en la representación de la Ciudad que aparece en el Atlas marca con contundencia las diferencias existentes entre el frente terrestre que miraba al campo del Mercado, al alto de Santo Tomás y al campo de la Estrada, en donde se ve una muralla eminentemente medieval de torres redondas en

donde apenas se vislumbra el Cubo Minado, el baluarte de Santa Bárbara y los dos revellines que se habían construido ante las puertas de Aires y Real que comunicaban con la Pescadería, y el frente que miraba hacia el mar que, en cambio, deja ver unas fortificaciones modernas de muros bajos, ángulos y muchos picos que encerraban una amplia superficie que no es otra que el campo del Santo Espíritu en donde se encontraba el convento de San Francisco y la nueva puerta de San Miguel que miraba de frente a la isla de San Antón. También se aprecian, justo en el punto en donde se encuentran los dos recintos, al fondo de la Ciudad y orientadas al sur, algunas torres muy elevadas que quizá representen la fortaleza medieval de San Carlos que estuvo situada donde hoy se encuentra el jardín del mismo nombre y, una de ellas, tal vez la fuerte torre que se había construido en 1607<sup>14</sup> adosada a la iglesia de Santiago para servir de campanario y reloj público. Son sólo simples conjeturas difícilmente comprobables. Por el contrario, sí se ve con gran claridad en la vista de Texeira que el arrabal de la



Fig. 3. Ciudad de A Coruña con el arrabal de la Pescadería, 1634, Pedro Texeira, Biblioteca Nacional de Austria, Viena, Codex Miniatus 46, fol. 32v (detalle). (Foto: Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), *El Atlas del rey planeta*, Editorial Neirea, Hondarribia, 2002).

Pescadería no tenía amurallamiento alguno pese a saber que una fortificación se había construido para su defensa a finales del siglo XV y que había tenido un gran protagonismo durante el enfrentamiento contra los ingleses en 1589<sup>15</sup>.

Se explica este hecho porque, para el tiempo en que Texeira había visitado A Coruña –1622–, el llamado “frente de tierra” ya se había demolido por considerarse que era más peligroso que una ventaja para la defensa, tal como nos recuerda el cardenal compostelano Jerónimo del Hoyo que escribe este ilustrativo comentario hacia 1607: “Solía tener [la Pescadería] murallas con torreones y dos puertas, la una se llama la puerta de la Torre de Arriba y la otra la puerta de la Torre de Abaxo. Esta muralla y torre la derrivaron por consejo de los capitanes, después que pasó el cerco [de Drake], porque solo aprovechaban para defenderse de los enemigos que podían venir por la tierra, pero no para defenderse de los que podían venir por la mar y por questos pueden desembarcar en una de las playas que están a los dos lados, sin que se lo estorbasen estas murallas, y podían venir a tierra por las espaldas a los que estaban en ellas y después hacerse fuertes para que no entrase socorro a la ciudad”<sup>16</sup>. Por consiguiente, no parece que se trate de un olvido u omisión –de hecho tampoco la menciona Texeira en su comentario escrito– sino una constatación informativa. No olvidándose, por el contrario, de recordar que el puerto estaba defendido por dos castillos modernos; por el situado en la isla de San Antón que se había iniciado en 1588 sobre planos de Pedro Rodríguez Muñiz y por el frontero y más alejado construido en la isla de Santa Cruz, situado al otro lado de la bahía, que fue levantado hacia 1594 durante el mandato de Diego das Mariñas<sup>17</sup>. Por lo demás, señala el portugués en su hermosa representación el molino de O Burgo, la iglesia de Santa María de Oza, la “fonte” o fuente del campo del Mercado coruñés que actuaba de glacis entre los dos núcleos de población, la ermita de San Amaro, la peña de la Marola y, sobre todo, la cupulada y vertical “Torre dercules” con su serpenteante roza ascensional que era el referente visual de toda la ciudad y su puerto cuando se venía por mar desde el norte hasta “The Groyne”, tal como denominaban a A Coruña los navegantes ingleses<sup>18</sup>. Finalmente mencionar que

las distintas embarcaciones que se presentan en la gran panorámica no deben verse como una mera ilustración más o menos secundaria; todo lo contrario; han de valorarse como un dato informativo de primer orden; pues los barcos con las velas hinchadas reflejan la ruta de navegación comúnmente utilizada para entrar al puerto en función del mejor viento, las grandes embarcaciones con las velas arriadas los lugares más tranquilos utilizados para el fondeo y, allí donde se ven pequeñas barcas cerca de la costa o sencillamente arrimadas a la orilla, los lugares de ribera donde solían vararse las lanchas de menor porte, tal como se ve en la zona de la orilla de los Cantones en la Pescadería que, por cierto, en la corografía aparece con un caserío convencional muy impreciso, con dos calles bien definidas y con una iglesia por la zona del Orzán que quizá se refiera a la capilla de San Andrés. Ninguna alusión, sin embargo, a las iglesias principales ni tampoco a ningún otro edificio significativo.

Como vista complementaria la representación del puerto de Ferrol (Fig. 4) no es menos espectacular al incidir el portugués en los grandes arenales que definían su perímetro costero



Fig. 4. Vista del puerto de Ferrol, 1634, Pedro Texeira, Biblioteca Nacional de Austria, Viena, Codex Miniatus 46, fol. 32r. (Foto: Felipe Pereda y Fernando Marias (eds.), *El Atlas del rey planeta*, Editorial Nerea, Hondarribia, 2002).

abierto al Océano –los de Chanteiro, Covas y A Palleira-Doniños– y señalar asimismo los altos montes que defendían el puerto en el que destaca lo estrechísimo de su boca y su gran anchura interior que casi convertían la ría ferrolana en una especie de quieto lago. Con razón dice de él Texeira que era “tan conoçido por su grandeza y seguridad como por las muchas armadas que en él an ynbernado... y pueden estar ancorados más de quinientos navíos, tan seguros del peligro y de los vientos como si estuvieran varados en tierra ... Ny se conose la tormenta en este puerto por grande que sea el mar, estando siempre tan quieto y sosegado que, como dizen los navegantes quando ay calma, que está el mar en leche y así en este puerto lo está siempre, paresiendo un quieto estanque”<sup>19</sup>.

Dicho esto, la corografía se recrea en representar todo el interior de la ría dando cuenta de las excelencias del fondeadero de A Graña-A Malata, lo buenas que eran para varar las barcas las riberas de Mugaros y Neda y cómo desembocaban en tan resguardado puerto varios ríos –son los llamados en la actualidad Beelle, Grande de Xubia, Freixeiro y Sardiña–, dos de los cuales tenían importantes puentes, todos diferente caudal y calidad en sus aguas, motivo por lo cual algunos de ellos habían sido considerados óptimos para instalar los “molinos del rey” que estaban no muy distantes de la villa de Neda. Allí además estaban también ubicados los hornos “donde se aze biscocho para las armadas que, con la mucha leña de que toda esta tierra abunda, se aze con mucha comodidad y poco gasto”<sup>20</sup>.

Los molinos y hornos reales se habían instalado allí en 1590<sup>21</sup>, cuando Ferrol, tras el ataque inglés a A Coruña, asumió el papel de puerto principal de la zona, justo en el mismo momento en que se consideró imprescindible defender su entrada con tres castillos costeros que fueron erigidos entre 1589 y 1596-1597, los dos últimos aprovechando la circunstancia de estar invernando en Ferrol la escuadra del adelantado Martín de Padilla durante el gobierno de Luís Carrillo de Toledo, conde de Caracena y de vivir el puerto la amenaza de la flota inglesa al mando de Essex que amagó la villa en dos ocasiones pero que no se determinó a atacar<sup>22</sup>. Obviamente los tres castillos los menciona Texeira y los se-

ñala igualmente, aunque llamándolos “fuerte”, en su representación dándoles los nombre de San Felipe –en honor a Felipe II pues se inicia en 1589–, de Nuestra Señora de la Palma –fue construido hacia 1596-1597 y se llamó inicialmente de San Luís en alusión al gobernador del reino Luís Carrillo de Toledo, conde de Caracena– y de “S. María (sic)” –fue también erigido en 1596-97–, aunque a este último debería denominarlo de San Martín pues fue éste su nombre histórico y el que se le otorgó, obviamente en alusión al adelantado Martín de Padilla. No es el único error que se advierte en la corografía ferrolana, pues también se invierten, por ejemplo, las posiciones de los dos últimos castillos que se han mencionado. Por lo demás, la información de Texeira es fiel y muy gráfica en sus datos pintados y escritos, pues señala la aldea y el puerto de Covas, el cabo Prior, la iglesia de “N. Señora” de Chanteiro y obviamente la villa de Ferrol que centra toda la composición, bien asentada en un promontorio rocoso en el medio de la ría y de la que dice era “de muy buena población aunque abierta, sin muralla ny defença”, resaltando finalmente que “su trato es del pescado que con sus barcos salen a la mar a pescar. Está çituada de la parte del septentríon tan junto a la mar que con la marea llega a las cazas”<sup>23</sup> (Fig. 5).

Este dato referido a la falta de murallas y de todo tipo de “defença” –recuérdese que la descripción de Texeira debe referirse al año 1622 cuando visitó la villa– entra, no obstante, en fricción con otra noticia que poseemos de 1621,



Fig. 5. Villa de Ferrol, 1634, Pedro Texeira, Biblioteca Nacional de Austria, Viena, Codex Miniatus 46, fol. 32r (detalle). (Foto: Felipe Pereda y Fernando Marias (eds.), *El Atlas del rey planeta*, Editorial Nerea, Hondarribia, 2002).

esta vez extraída de un inventario mandado hacer por el alcalde mayor de los estados del conde de Lemos, Pedro Labora de Andrade, en el que se menciona que Ferrol poseía dos cañones de bronce, cinco “camazas”, un pedrero de hierro, dos cargaderas de cobre, un frasco de cuerno y un “botafofo”<sup>24</sup>. Tal información hace pensar que todo esto estaría instalado o previsto para montar en alguna plataforma defensiva que, aunque discreta, estaría ubicada seguramente muy cerca del mar y pensada para batir el interior del puerto a manera de una pequeña batería. No la señala Texeira. Por consiguiente, es probable que lo que hubiese cerca del muelle cuando el portugués visitó Ferrol no le pareciera digno de mención, tal vez porque no lo consideró adecuado para una instalación propiamente defensiva. Tampoco se recrea en representar con rigor alguno el caserío y los principales edificios que poseía la villa. Todo lo describe de una forma muy general y sencilla; de ahí que apenas se perciba más que la imagen de una iglesia pequeña con su campanario, quizá la de San Julián que, en todo caso, no refleja ningún realismo<sup>25</sup>.

### 1624. Inglaterra declara la guerra a España

La tensión bélica entre España y los países nortños se incrementó a partir de 1624 una vez, a la ya evidente hostilidad con Holanda, se sumó también Inglaterra, que era, en efecto, otra potencia naval muy peligrosa. Quizá por ello, desde ese mismo momento, la Corona presintió que, en cualquier momento, podía sobrevenir un ataque conjunto de las dos armadas dirigido a algún puerto español que tuviese cierto renombre. Hoy sabemos que éste tuvo lugar contra Cádiz, tal como ya hemos indicado, pero hubo un momento en que la incertidumbre dominó en el Consejo de Guerra y eso hizo que se pidiesen informes urgentes a distintas capitanías periféricas para conocer el grado de fortificación que presentaban aquellos puertos que podían ser víctimas de un ataque por sorpresa. Y en este contexto de amenaza anglo-holandesa es en el que hay que situar los dos planos de A Coruña de marzo y abril de 1625<sup>26</sup> (Figs. 6 y 7), seguramente ejecutados por Bartolomé Muñiz, en los que se proponen mejoras en las fortificaciones

de la Ciudad Vieja con el refuerzo estructural del Cubo Minado y la construcción de un baluarte nuevo en la zona de Puerta Real que siempre se había postergado —esta propuesta fortificada— fue enviada a la Corte con carta del capitán general y gobernador del reino, Juan Alonso de Idiáquez, II duque de Ciudad Real que ocupó el cargo entre 1624 y 1626—, y la solicitud que, ese mismo año, Felipe IV hizo al mismo gobernador, pidiéndole información precisa sobre las defensas de A Coruña, a lo que el gobernador contestó el 16 de agosto de ese año dándole cuenta que la muralla de la Ciudad era vieja y de poca resistencia pese a haberse terraplenado el año anterior la zona de Puerta Real y haberse construido un caballero sobre el Cubo Minado con capacidad para 16 cañones<sup>27</sup>. También menciona en su informe los dos revellines existentes ante las puertas Real y de Aires ya señalados y varias trincheras que se habían ejecutado en las inmediaciones de la playa de San Amaro en previsión

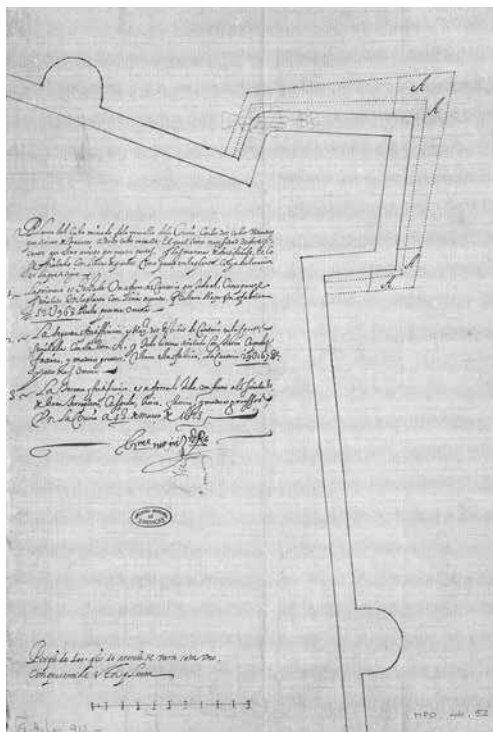


Fig. 6. Proyecto para la reconstrucción del Cubo minado en el recinto amurallado de la Ciudad de A Coruña, 13-03-1625, Bartolomé Muñiz, Gobierno de España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Archivo General de Simancas, M.P. y D. 44-52.







Fig. 8. Descripción del Reyno de Galizia, Fernando Ojeda, 1603 (Foto: [https://gl.wikipedia.org/wiki/Ficheiro:Descripcion\\_Reyno\\_de\\_Galizia\\_de\\_Ojeda.jpg](https://gl.wikipedia.org/wiki/Ficheiro:Descripcion_Reyno_de_Galizia_de_Ojeda.jpg))

la Torre de Abajo<sup>31</sup>— y sin descuidar la necesidad de ejecutar en dirección a los dos mares que lo flanqueaban —Orzán y Puerto— un espigón y una especie de breve fortín, llamados del Caramanchón y del Malvecín, que buscaron frenar toda posible entrada del enemigo; delante se colocó además una nueva trinchera con su estacada en 1632 que dificultaba, de esa manera, cualquier ataque terrestre<sup>32</sup>. Con todo, nunca se consideró una fortificación adecuada; básicamente porque estaba dominada por los montes inmediatos y desde allí cualquier enemigo tenía a tiro a los defensores. A su vez, todo parece indicar que fue en 1635 cuando el mismo gobernador, marqués de Mancera, tomó la determinación de erigir en la bahía coruñesa, formando un triángulo con los dos castillos insulares de San Antón y Santa Cruz ya existentes, el fuerte de San Diego, que en un primer momento se nombró de San Gas-

par en honor al conde-duque, pero que pronto optaría por su nuevo nombre<sup>33</sup>. Tenía pleno sentido su construcción, pues de esta manera la parte de la concha portuaria más adecuada para fondeadero por su protección natural quedaba también mejor defendida por los fuegos artilleros de los tres castillos. Sea como fuere, fue en 1635 cuando Francia, siempre peligrosa y hostil hacia España, declaró la guerra a nuestro país volviendo a poner en acción y bajo amenaza inminente de ataque naval todas las costas españolas y en especial aquellos puertos que solían acoger las distintas armadas de la Monarquía. De hecho, tal como ya indicamos, Guetaria fue incendiada y destruida en julio de 1638, lo mismo que Santoña y Laredo —agosto de 1639—, víctimas las tres del ataque del arzobispo de Burdeos que consiguió quemar el grueso de los galeones que se encontraban fondeados en sus

puertos. Ante tal situación los puertos gallegos más importantes también se vieron en serio peligro, por lo que, justo en esas fechas, tuvieron que entrar en acción y tomar medidas para su defensa.

## 2 de febrero de 1639. La “Discreption del Real Presidio de la Coruña” del ingeniero Juan Santáns y Tapia

Consciente del papel que ejercía el puerto de A Coruña como punto de encuentro habitual de las armadas atlánticas y ante el miedo a que pudiese ser víctima de un ataque por mar, el Consejo de Guerra requirió del marqués de Valparaíso, entonces capitán general de Galicia (1638-1642), que diese cuenta del estado en que se encontraban sus defensas. Puede afirmarse que el gobernador cumplió con creces su cometido. Y de esto resultó el plano de la bahía y península coruñesa realizado en tinta negra y colores a la aguada que lleva por título “Discreption del Real Presidio de la Coruña” y que fue realizado por “Don Juan de Santáns y Tapia, Yngeniero de su Magestad y Cauallero del ábito de San Jorge... en 2 de febrero de 1639” (Fig. 9). Lleva además la siguiente dedicatoria: “Para el Excelentísimo Señor Marqués de Castrofuerte de los Consejos de Estado y Guerra y Capitán General de la Artillería de España”<sup>34</sup>.

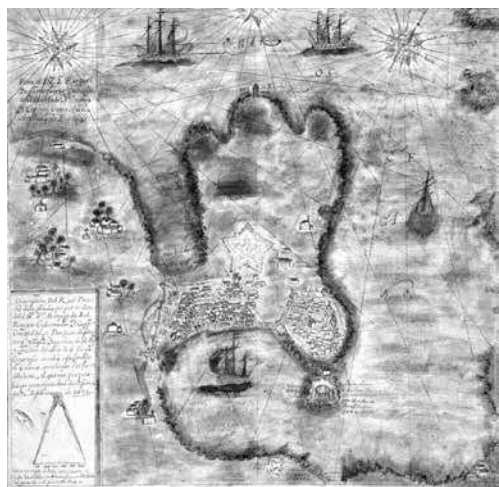


Fig. 9. Discreption del Real Presidio de la Coruña, 1639, Juan de Santáns y Tapia, Gobierno de España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Archivo General de Simancas, M.P. y D. 11-88.

Hay que destacar que, en esta ocasión, la ciudad de A Coruña no solo contaba con un ingeniero capaz para dibujar un plano de estas características, sino con un ingeniero eminente como dejan ver los honores que menciona el propio Santáns en la leyenda, a lo que se suma el saber que fue el autor del “Tratado de Fortificación militar, destos tiempos, breve e inteligible, puesto en uso en estos estados de Flandes”, que se publicó en Bruselas en 1644<sup>35</sup>. Tal como indica Alicia Cámara, una de sus mejores investigadoras, fue además de los pocos ingenieros que dio a conocer su imagen personal a través de un retrato grabado que aparece incluido al inicio de su obra<sup>36</sup> (Fig. 10); y en él, sin duda, se lo ve orgulloso de su condición, de medio cuerpo y en posición de tres cuartos, con larga cabellera, perilla y bigote muy seiscientista y elegantemente vestido como militar e ingeniero; de lo que resulta que lleve coraza, en una mano el compás, símbolo de la ingeniería, en la otra un bastón de mando y cubierto con un sombrero de ala ancha y caballeresco plumaje que le otorga a su persona un aire distinguido muy



Fig. 10. Retrato del ingeniero Juan de Santáns y Tapia, 1644, Biblioteca Nacional de España, Madrid (Foto: Alicia Cámara (coor.), *Los ingenieros militares de la monarquía hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Ministerio de Defensa, p. 21).

singular. Lleva además una banda que le cruza el pecho y se anuda en el costado, una espada con vistosa empuñadura, el collar de caballero de San Jorge y, a manera de gran emblema en el ángulo superior izquierdo del retrato, la gran cruz de la orden de San Jorge que aquí aparece culminada con la figura de un guerrero que hace alusión al santo-caballero que le daba nombre. Por lo demás, su "Tratado de fortificación" deja ver toda su cultura científica, no sólo por citar a autores holandeses y franceses muy destacados, o a aquellos que habían escrito también en español como Cristóbal de Rojas, Cristóbal Lechuga o Diego de Ufano, sino porque señala todas las competencias que debían poseer los ingenieros; esto es: conocimientos de geometría, de aritmética, de álgebra, perspectiva, música, navegación, arquitectura, cosmografía, hidrografía, astronomía o astrología, para acabar concluyendo que deberían saber "finalmente todas las partes que están debaxo del nombre de mathemáticas"<sup>37</sup>.

Ahora bien, el plano de la "Discreption del Real Presidio", cuya denominación alude a la guarnición de soldados que se ponía en las plazas, castillos y fortalezas para su custodia y defensa, es muy diferente a la representación del puerto coruñés que hemos comentado del cosmógrafo Pedro Texeira. Sin duda menos bello y atractivo, menos pictórico y paisajístico en lo general, pero sobre todo concebido como un mapa que representa la realidad geográfica del lugar de manera rigurosamente cenital para ser de este modo más gráfico, racional y, quizá, efectivo. Además representa el territorio abordado desde tierra en una representación orientada desde el sur –obviamente esta orientación tiene un sentido claramente defensivo pues los enemigos vendrían desde el norte y por el mar– pues ofrece hacia el "nornordeste" el lugar o promontorio donde se encontraba la Torre de Hércules y tres rosas de los vientos dispuestas sobre el "Mar Oceano" que marcan con claridad todas las direcciones: "oeste", "noroeste", "norte", "nordeste", "leste", "sueste", "sur", "sudueste". Representa, por tanto, la entrada del Golfo Ártabro, el acceso al puerto, toda la bahía coruñesa y las distintas ensenadas que se abrían en sus inmediaciones –la "entrada del Ferrol", la "peña de la marola", la "mar brabo orzán",

"la mera" o el propio "Puerto"–, pero sin olvidar el territorio interior con sus aldeas y arbolado y, sobre todo, con su caserío, edificios destacables –"torre de Ércules que mira al nornordeste", "san amaro", "nuestra señora de atocha", "ermita" o "Santa lucía"– y los dos núcleos principales que conformaban la población –Ciudad y Pescadería– perfectamente identificados, bien separados entre sí por el campo del Mercado, formando los dos un conjunto urbano integral y concentrada la primera dentro de sus cerradas murallas como si fuese una ciudadela y, el arrabal mariner, extendido en cambio por el istmo, aunque ahora ya defendido al oeste por el recién construido "frente de tierra".

A diferencia de la visión plana, casi de mapa que ofrece del territorio la corografía de Santáns, todos los detalles urbanos y arquitectónicos sí los representa el ingeniero con un afán perspectivo y en una vista elevada y oblicua que, como si fuera un panóptico, deja ver los frentes principales abordados desde el sur y buena parte del interior de los núcleos de población para resaltar de este modo sus distintas características (Fig. 11); no por ello olvida representar con la misma realidad los promontorios costeros que tienen un efecto amenazante, tal vez para poner en valor el carácter rocoso y abrupto que tenían muchas zonas de la costa que ofrecían a los enemigos un aspecto bastante hostil. Al mismo tiempo, en la representación de edificios singulares, aunque tiende Santáns a utilizar muchos convencionalismos, también gusta de representar ciertos rasgos diferenciadores, como los que se ven en la Torre de Hércules, coronada por una cúpula, o en el santuario de Nuestra Señora de Atocha que aparece montado sobre plataforma, con una escalera de acceso, cerrado con muros y casi con el aspecto de un recinto sin aspecto de iglesia y sin siquiera cubrición, que es muy probable represente el estado en que había quedado la iglesia de Santo Tomás tras el ataque inglés de 1589 antes de ser ocupado por la nueva ermita<sup>38</sup>. También merece destacarse la manera que tiene el ingeniero de representar el caserío urbano pues distingue entre las casas principales que tenían una fachada horizontal y quizá balcones, voladizos y soportales, y aquellas otras de marineros que, más estrechas, estaban rematadas en un piñón angular definido por su

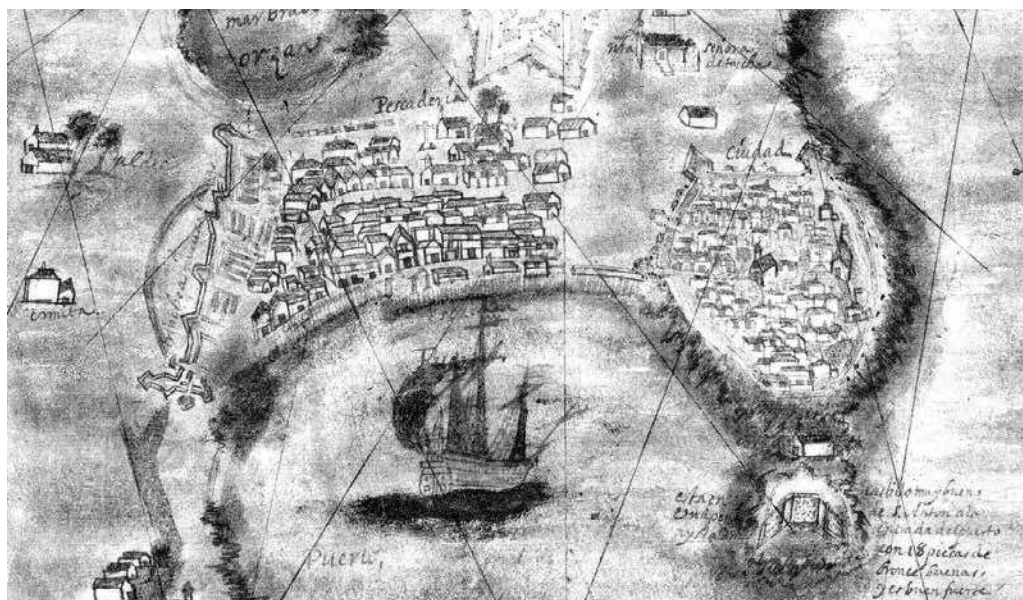


Fig. 11. Vista del puerto de A Coruña con la Ciudad y el arrabal de la Pescadería, 1639, Juan de Santáns y Tapia, Gobierno de España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Archivo General de Simancas, M. P. y D. 11-88 (detalle).

típica cubierta a dos aguas. No falta la representación de algún elemento curioso como el gran “cruceiro” que sitúa muy cerca de la playa del Orzán en un espacio bastante despejado que se abre por el norte al mar. Por consiguiente, junto a todo esto, solo resta señalar que el plano de Santáns es también ilustrativo a la hora de subrayar el carácter diferente que tenían los dos núcleos urbanos: concentrada la Ciudad, donde no se aprecian plazas ni calles, ni apenas ningún edificio destacable más allá de una iglesia con su torre —¿Santiago, Santa María?— y algunas construcciones que parecen señalarse con banderas como si fuesen de carácter oficial —¿Audiencia-Capitanía General, casa de la Moneda, casa de Artillería?—, y la Pescadería, en cambio, más abierta y desahogada, vertebrada por dos calles principales —las llamadas entonces de Abajo y de Arriba y hoy Cantones-Real y de San Andrés—, con alguna plaza en su interior, con el ángulo del Cantón Grande muy señalado en el puerto y, claro está, también con algunas iglesias, entre las que cabe destacar la de San Jorge que miraba al mar y la del hospital de San Andrés que parece distinguirse por una pequeña espadaña. Mencionar, por último, que en la zona portuaria de la Marina, en el espacio de unión donde

se encontraban la Ciudad y el arrabal mariner, también representa Santáns un largo cierre aparentemente de cantería; seguramente un muro de contención para las aguas que solían inundar en la pleamar el acceso a la Ciudad Vieja pero utilizable en ocasiones como embarcadero o, por qué no, igualmente para la defensa en casos urgentes de necesidad. Ni rastro, en cambio, de la iglesia de San Nicolás, tal vez porque, sin torre ni espadaña visible, su volumetría arquitectónica se confundiría fácilmente con el resto del caserío.

Sin embargo, no podemos olvidar que la corografía de Santáns es ante todo un documento informativo de carácter eminentemente militar. Por tal motivo, no debe sorprender que donde ponga más atención el ingeniero sea en representar las fortificaciones existentes así como alguna propuesta importante de mejora. Y por ese motivo, junto a la representación de la muralla que rodeaba la Ciudad, en donde se ven claramente los baluartes modernos de Santa Bárbara y del Cubo Minado y los revellines de las puertas de Aires y Real que se habían erigido para proteger las zonas de tierra más accesibles —curiosamente la corografía no precisa la fortaleza antigua de San Carlos, ni tampoco apenas los muros moder-

nos que protegían el campo del Santo Espíritu y se enfrentaban al mar—, no descuida describir todo el recorrido rectilíneo del nuevo frente de tierra de la Pescadería que, junto a su trinchera delantera, disponía ya de baluartes, picos, puertas, foso, el fuerte de Malvecín y el espigón del Caramanchón de los que ya hemos hablado, dejando ver en su parte interna una amplia zona de campos y huertas de labor previa a la primera línea de casas que daban forma a la Pescadería.

Hace también hincapié el ingeniero en destacar los castillos defensivos, su situación, envergadura y poderío artillero. De hecho del de San Antón comenta que “está en una peña aislada” y que es “castillo muy bueno ... a la entrada del puerto, con 18 piezas de bronce buenas y es buen fuerte”. Del frontero de Santa Cruz dice simplemente que es un “fuertecillo... con dos piezas de bronce buenas”. Tampoco se olvida de señalar el nuevo fuerte de San Gaspar-San Diego que llama también “fuertecillo”, aunque “formado con 8 piezas de hierro”. Sin embargo, en donde pone más énfasis Santáns es en proponer la construcción de una nueva fortaleza sólida y exenta en la zona alta de Santo Tomas — la leyenda del plano lo menciona como “fuerte que se a de hazer”—, pues al ser el lugar elevado y dominarse desde allí Pescadería y Ciudad consideraba el autor que era un “padrastro” que había que proteger plantando allí el nuevo castillo al que, por lo demás, le da una forma casi perfecta, pentagonal, con cinco baluartes, plaza de armas en el centro, cuarteles periféricos para la tropa, foso y camino cubierto y, en fin, con todos los elementos imprescindibles del arte militar que eran capaces de convertirlo en una fortificación hostil a la vez que inexpugnable. Y en este sentido no debe olvidarse que las fortalezas pentagonales fueron, a lo largo de la Edad Moderna, las más apreciadas por los teóricos militares tanto por su eficacia, como por su intrínseca perfección formal y economía de costes<sup>39</sup>. Con razón dice de ella el ingeniero y tratadista Cristóbal de Rojas que el recinto de cinco ángulos, que llaman los matemáticos “pentágono”, “es más a propósito para la fortificación que todas las otras figuras, porque está en la mediocridad de las plazas grandes y chicas. Porque en las figuras cuadradas se acomodan mal los ángulos y defensas de la fortificación; y el exagono, que quie-

re decir figura de seis baluartes, es fortificación muy grande para solo un castillo, y así no sirve sino para rodear una ciudad o para hazer una plaza muy grande, donde huviere de aver mucha guarnición de soldados, que en tal caso se hara conforme al tal presidio; y volviendo a mi particular del pentágono, se suplen en él ambas cosas de no ser plaza grande ni chica, porque en él se hallan las defensas y medidas muy a propósito conforme a la moderna fortificación deste tiempo”<sup>40</sup>. Nunca llegó a realizarse esta propuesta de Santáns, a pesar de que fue asumida por el capitán general marqués de Valparaíso. Con todo, pone de manifiesto que, en los planes defensivos que se idearon para salvaguardar la Ciudad, el “monte alto” de Santo Tomás siempre fue una preocupación para las autoridades militares por su dominio sobre la plaza, del mismo modo que el monte de Santa Margarita lo fue también de la Pescadería por tener a tiro el “frente de tierra”. No obstante, los dos “padrastrós” nunca llegaron a neutralizarse, básicamente porque el coste de su anulación habría supuesto un presupuesto económico bastante cuantioso que la Corona nunca estuvo dispuesta a desembolsar.

Ahora bien, el plano-mapa de Santáns es también muy elocuente por otros motivos informativos. Ya indicamos en su momento que las rosas de los vientos orientaban con precisión la ubicación de la plaza. No hemos dicho, sin embargo, que la leyenda, al igual que el retrato del ingeniero que ya hemos mencionado, lleva también un compás, como si fuera éste el fiel que determinaba la fidelidad de las medidas tomadas a escala. Quizá por ello en la leyenda se especifica puntualmente que “con este pitipí se hizo esta planta, y cada una de las cantidades pequeñas bale diez pasos de a 5 pies cada uno”. Pero junto a todo esto, no es menos significativo que, por los mares que rodean la gran península coruñesa, aparezcan también dibujados cuatro galeones de alto bordo. Dos cruzan el Océano por el norte, mirándose de frente y abordados de perfil, como dando a entender que la ciudad era lugar de paso habitual de embarcaciones y armadas, como la anglo-holandesa que había atacado Cádiz en 1625 y que, en efecto, había singlado junto a sus costas; un tercero, ya en un escorzo frontal, aparece adentrándose con su proa en la bocana del puerto dando cuen-

ta del curso que había que seguir para entrar con seguridad en su interior; finalmente el cuarto galeón aparece tranquilo en el sector más occidental de la bahía, en una visión angulada desde popa; sin duda una manera de decir visualmente que era allí donde estaba el principal y más seguro fondeadero y que quedaba además perfectamente defendido entre los fuegos de los castillos de San Antón y San Diego que dominaban su entrada y que era posible además cerrar con una cadena. Lo curioso es que, para defender en este caso toda la población coruñesa, Santáns dispone en su corografía un largo cierre de estacas que impedían el desembarco en toda la ribera portuaria, desde los Cantones a la Marina, hasta alcanzar la Ciudad Vieja por la zona de Puerta Real. Es evidente que quiere mostrar todos los preparativos que se habían hecho en previsión de un ataque o invasión, a los que se unían también varias trincheras que se habían dispuesto por el resto de la costa en las zonas más accesibles. Por lo tanto, el plano de Santáns cabe considerarlo muy preciso y efectivo pues muestra y cuenta, a través de su leyenda,

todas las circunstancias que gobernaban la plaza y pone de manifiesto, a su vez, parte de los muchos conocimientos que, según él, debía poseer un ingeniero militar.

### 13 de febrero de 1639. La “Descripción del puerto del Ferrol” del geógrafo Bernardo Gómez

En este mismo contexto bélico hay que situar el plano titulado “Descripción del puerto del Ferrol” que fue remitido al conde-duque de Olivares, con carta del marqués de Mancera, el 13 de Febrero de 1639<sup>41</sup> (Fig. 12). Tiene casi la misma fecha que el plano de Santáns, aunque esta vez el dibujo es más sencillo, más elemental en sus aspectos paisajísticos y sobre todo con menos tendencia a recrearse en todas las cuestiones pictóricas, una vez que apenas acude al color más que para señalar el tono rojizo de los tejados de los edificios. Demuestra, en cualquier caso, el interés que tenía entonces el puerto de Ferrol para la Monarquía y que, para entonces, Galicia sí poseía personal técnico cualificado

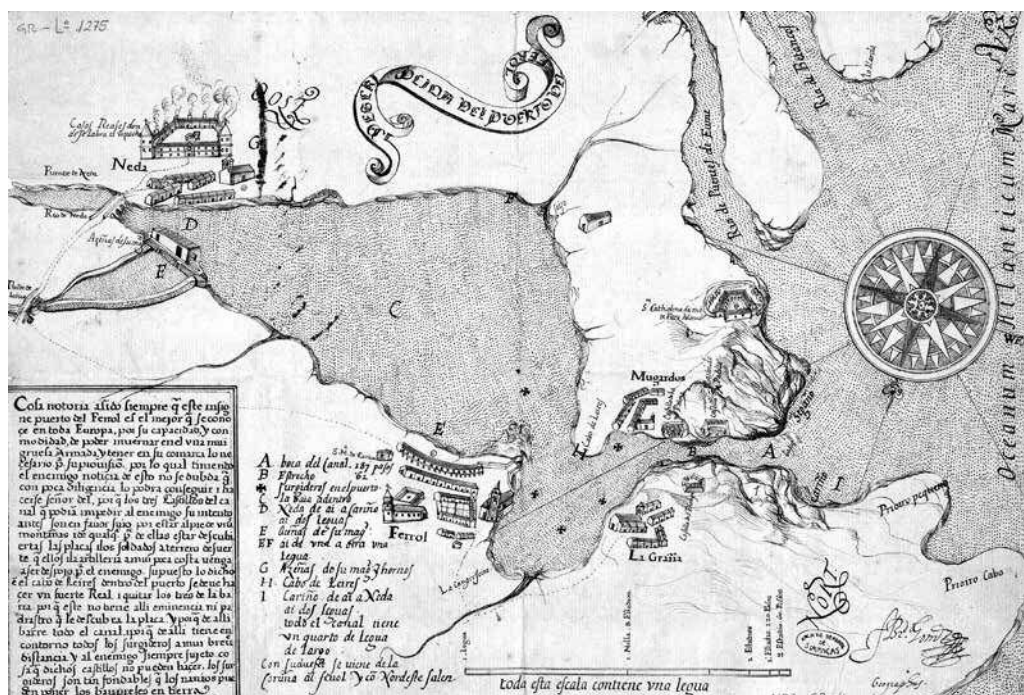


Fig. 12. Descripción del puerto del Ferrol, 1639, Bernardo Gómez, Gobierno de España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Archivo General de Simancas, M. P. y D. 62-4.

pues está firmado por Bernardo Gómez que se autoproclama con cierto orgullo y satisfacción “geographus”. Nada que ver, por tanto, con la situación que había vivido el capitán general Juan Alonso de Idiáquez años antes, cuando en 1625 se había visto obligado a decirle al rey que no podía enviarle un mapa del Reino de Galicia por no haber podido encontrar en todo el país ningún dibujante o geógrafo que lo pudiese representar de modo satisfactorio.

Sea como fuere, el dibujo de Bernardo Gómez, que como el de Santáns ofrece una visión cenital que casi lo convierte en un mapa y representa también con dibujos perspectivos todas las arquitecturas y núcleos de población, es igualmente muy preciso a la hora de dar cuenta de muchos detalles importantes. Demuestra, de hecho, el valor que tenía la ría de Ferrol como puerto de refugio para las armadas reales, pues lo indica la propia leyenda al decir que “este insigne puerto del Ferrol es el mejor q se conoçe en toda Europa, por su capacidad, y comodidad, de poder invernar en el una mui gruesa Armada, y tener en su comarca lo neçesario p<sup>a</sup> su provision”. Pero dicho esto, el geógrafo no deja de criticar todas sus fragilidades defensivas, ya que indica que “con poca diligencia [el enemigo] lo podra conseguir [se refiere al puerto] i hacerse señor del, por q los tres Castillos del canal q podrian impedir al enemigo su intento antes son en favor suio por estar al pie de unas montañas i de qualq<sup>a</sup> pte. de ellas estar descubiertas las plaças i los soldados a terreno de suerte q ellos i la artilleria a mui poca costa venga a ser despojo p<sup>a</sup> el enemigo”. Por lo tanto, Gómez propone desmontar los tres castillos existentes en el canal de entrada y construir otro de nueva planta en el interior de la ría, en la punta de Leiras que estaba en frente de la villa de Ferrol y a la espalda de la de Mugardos, para de este modo dominar desde allí todo el interior del puerto y batir fácilmente a todos los posibles invasores<sup>42</sup>. Había, pues, que construirlo y completarlo, de poder ser, —esto lo indica el marqués de Mancera en la carta que envía a Olivares— con un pequeño fuerte en la ensenada exterior de Cariño, que actuaba a manera de antepuerto, para de este modo disuadir al enemigo de cualquier agresión<sup>43</sup>.

El plano de Ferrol es rico también en muchas

otras informaciones. Por ejemplo, a la hora de representar la ría cercana de Ares-Pontedeume y Betanzos, la Peña de la Marola que estaba a la entrada del puerto, los promontorios costeros más destacados —los cabos Prior y Prioriño y las puntas del Segañó y Leiras—, los principales surgideros —A Malata, O Baño, la ensenada de Ferrol—, las distancias existentes entre los puntos más importantes expresadas en leguas —“Neda de ai a Cariño ai dos leguas”—, los vientos que resultaban más decisivos para entrar y salir del puerto —“con Sudueste se viene de la Coruña al Ferrol y con Nordeste salen”—, o alguna aldea como la de O Seixo o los dos cruceros que estaban situados en San Cristóbal o en el muelle llamado de la Cruz de Ferrol. No faltan en la corografía la representación de la ermita de Caranza, de las villas que se abrían a la ría —Ferrol, Neda, Mugardos y A Graña— y hasta de algún edificio religioso que, como ocurre con el convento franciscano de Santa Catalina de Montefaro<sup>44</sup>, aparece dibujado en la cima del monte y en un llamativo escorzo que deja ver a vuelo alto de pájaro la presencia de la iglesia, su torre y un espacioso claustro —en realidad tiene dos— que, quizá por un criterio de eficacia representativa, se sitúa en el lado sur y no en el norte como lo está realmente. A su vez, describe los tres castillos que defendían la ría —de San Felipe, La Palma y San Martín “de Padilla”— y que sitúa en su contexto al pie de montes —el primero en Monte Ventoso y los otros dos en Montefaro— seguramente para indicar lo expuestos que estaban a los fuegos enemigos si estos los batían por las laderas. También incide Bernardo Gómez en señalar la distinta importancia que tenían las villas, prestando discreta atención a las de A Graña, Mugardos y Neda que sólo aparecen situadas en su lugar y presididas por pequeñas iglesias y, en cambio, resaltando la villa de Ferrol que aparece dominando la ría y en la que destaca su caserío irregular, la plaza Vieja de los mercados, una calle larga y porticada que tal vez aluda a la calle San Francisco y sus dos iglesias: la parroquial de San Julián situada junto al mar y presidida en su fachada con una sólida torre de cantería que culmina en un remate afilado y la del convento franciscano, más hacia el interior, con su torre en el testero y con un claustro mirando hacia el sur esta vez correctamente ubicado<sup>45</sup> (Fig. 13).





Fig. 13. Villa de Ferrol, 1639, Bernardo Gómez, Gobierno de España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Archivo General de Simancas, M. P. y D. 62-4 (detalle).

Por otra parte, en la villa de Ferrol sitúa Gómez, en la zona del promontorio que se adentraba en el mar, cerca de la plaza donde se encontraba el embarcadero, la presencia de un recinto amurallado con formato de bastión que puede identificarse, tal vez, con el "reducto" del que habla un informe de 1625 y que estaba defendido en ese tiempo por "dos piezas de artillería"<sup>46</sup>; quizá aludan a los "dos cañones de bronce" que ya hemos mencionado y que se indican en el inventario de 1621 hecho por el alcalde mayor Pedro Labora. Nada dice, sin embargo, el geógrafo de su condición militar, solamente se limita a representarlo; tampoco señala que tuviese en este momento ningún elemento artillero; por consiguiente, cabe pensar que fuera una estructura preexistente de muy baja calidad arquitectónica que pudiera utilizarse ocasionalmente a manera de fortín en un momento de guerra. Y eso explicaría su curiosa intermitencia militar que, en todo caso, debió de seguir manteniendo posteriormente. De hecho, en un plano muy posterior de 1732, en esa zona se aprecia ciertos amurallamientos que la leyenda menciona como "castillo antiguo"<sup>47</sup>.

Pese a todo, es en representar las propiedades que tenía el rey al fondo de la ría de Ferrol, muy cerca de la villa de Neda, en donde pone el geógrafo más interés y que explica que apare-

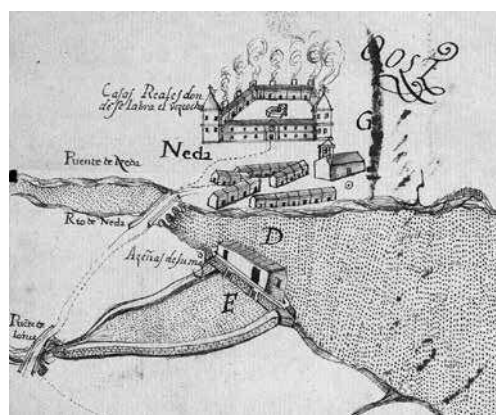


Fig. 14. Casas Reales donde se fabrica el Bizcocho, en Neda y Aceñas de Su Majestad, 1639, Bernardo Gómez, Gobierno de España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Archivo General de Simancas, M. P. y D. 62-4 (detalle).

can tan bien dibujadas (Fig. 14). Pudiera decirse que las trata desde el punto de vista iconográfico como si fuesen las "joyas de la Corona" bien guardadas en lo más hondo de la ría-cofre ferrolana. Y allí, en efecto, no solo se aprecian los dos puentes que cruzaban los ríos "loiva" y "Neda" –sin duda el Xubia y el Beelle– y el camino que los comunicaba, sino también las "Azeñas de su Majestad" y las "Casas Reales donde se labra el vizcocho" que son, sin duda, las dos construcciones más destacadas.

Es curiosa ciertamente la manera que tiene el geógrafo de representar estos edificios. Las "Azeñas" instaladas en lo que parece la desembocadura del río Xubia y en su margen derecha, formando un molino de mareas<sup>48</sup>, con su amplia presa interior reforzada con muros de cantería y con su cierre frontal al mar con dos compuertas que lleva sobre sí un largo edificio de mampostería enlucida que aparece presidido por dos puertas y su rojo tejado a una vertiente. Era allí donde se encontraba toda la maquinaria para moler, los depósitos de grano y harina y seguramente la vivienda del molinero, configurando una gran construcción que fue, sin duda, el precedente de todos los molinos que se construyeron después para surtir de harina a la Armada Real en el siglo XVIII<sup>49</sup>.

Más notable aún es el gran edificio de la Real Fábrica de Bizcocho que aparece enfrente, en la margen izquierda de la ría, en las inmediacio-

nes del río Beelle cercano a Neda y que describe nuestro geógrafo con un interés muy especial. De hecho, podría afirmarse que es el único edificio monumental que representa, el único que manifiesta una estilística arquitectónica concreta, como queriendo indicar, a través de su fachada, que era una construcción noble, de grandes dimensiones y que poseía por ello un aspecto palaciego en línea con la arquitectura oficial de la época de los Habsburgo; es decir, comparable con edificios semejantes al palacio real del Pardo o al palacio madrileño del Buen Retiro (Fig. 15).

Destaca, en cualquier caso, por la regularidad de su planta, ordenada en torno a un patio cuadrangular delimitado por cuatro cuerpos o pabellones en cuyo centro se dispone un pozo hexagonal con su brocal, polea y balde para uso de los de los trabajadores. Los tres cuerpos del fondo, destinados a los hornos, tienen solo una altura y se abren al patio con un frente muy sencillo presidido con su puerta adintelada; llaman la atención por las siete chimeneas humeantes que se disponen en los tejados. En cambio el cuerpo principal, destinado a oficinas, a almacén y a vivienda, era de aspecto más noble y representativo, sin duda más acorde con su rango de edificio oficial, lo que explica que proyecte al exterior, en su amplia y horizontal fachada, una imagen realmente palatina.

Presenta, de hecho, una organización distribuida en dos pisos y con dos torres en las esquinas que parecen sobresalir en planta, tener incluso mayor altura y estar culminadas por unos chapiteles a cuatro vertientes muy afilados que

rematan en sendas cruces. Además la fachada se resuelve con un diseño simétrico, con siete ejes de vanos adintelados, tejado a dos aguas y una magnífica portada central que destaca con sus pilastras superpuestas, su gran puerta adintelada, un gran escudo real y un frontón triangular que remata todo el conjunto. Nada que ver, pues, con ningún otro edificio de carácter industrial de los que se levantaron en Galicia en ese tiempo; lo que justifica plenamente el título de “casas reales” que le otorga la leyenda.

Por otra parte, no ha de pensarse que este edificio pueda tratarse de una “invención”, pues no debemos olvidar que se trata de un documento militar informativo que trata de dar cuenta de las propiedades que tenía el rey en Ferrol y tenía por ello que resultar verídico. También merece destacarse que el edificio está representado en el dibujo con una visión oblicua a vuelo de pájaro que está orientada en sentido norte sur. No ha de descartarse que haga referencia a su orientación real. Sin embargo, cabe la posibilidad de que sea una representación que busque simplemente la eficacia interpretativa o, simplemente, una manera eficiente de coordinar todas las visiones de los edificios que aparecen en el plano para así disponer de una visión general más homogénea; de ahí que todos se dispongan con las mismas características; es decir, con su fachadas principales mirando al norte bien visibles al espectador y con sus oblicuos escorzos arquitectónicos, en cambio, dirigidos hacia el sur dejando ver toda su anatomía interna.

Ya hemos dicho al estudiar la vistosa acuarela de Pedro Texeira que los hornos reales se habían instalado en la villa de Neda a partir de 1590, en tiempos de Felipe II, cuando tras el ataque de Drake a A Coruña, tomó impulso el puerto de Ferrol. Para ello se había ordenado el envío, desde Málaga, de diez maestros bizcocheros que fueron los promotores de todo el proyecto<sup>50</sup>. De aquel entonces no poseemos ninguna imagen del edificio, solo alguna información que menciona que eran 12 los hornos y todos “buenos y de buena fábrica” según señala Bernabé de Pedroso en un comunicado que remitió al rey en abril de 1591<sup>51</sup>. Debieron de funcionar intensamente en un primer momento y, después, con cierta intermitencia en función de las necesida-



Fig. 15. Palacio del Buen Retiro (Salón de Reinos), luego Museo del Ejército en una foto de 1870 (Foto: <http://elrethohistorico.com/antiguo-museo-ejercito-madrid/#jp-carousel-4087>).

des militares, siempre menores tras la paz con Inglaterra y la Tregua de los Doce Años con las Provincias Unidas holandesas. Debieron de resurgir hacia 1621 cuando se abre de nuevo la actividad militar atlántica que explica que Pedro Texeira los mencione activos en 1622 y diga de ellos que hacían el bizcocho “con mucha comodidad y poco gasto” gracias a “la mucha leña de que toda esta tierra abunda”<sup>52</sup>. Posteriormente, en 1635, sabemos que el asentista de la escuadra de Galicia, Francisco de Quincoces, escribía al rey indicándole la necesidad de poner nuevamente en funcionamiento “los hornos y aceñas que V.M fabricó en Neda que eran los mejores de España”<sup>53</sup>. Solicitaba para su reparo 800 ducados. Solo llegaron 300 ducados que dieron suficiente para arreglarlos, aunque no las aceñas que por este motivo se descartaron. Por lo tanto, esto explica tal vez el buen aspecto y la gran actividad que se percibe en la fábrica en el dibujo de Bernardo Gómez de 1639, en una fecha tan decisiva. Sin embargo, hasta la fecha no se puede aportar ninguna información sobre quien pudo haber sido el autor del proyecto arquitectónico; sólo que es muy factible que fuese un ingeniero militar de los que entonces trabajaron en Galicia al servicio del rey. Por lo demás, decir que, de tan llamativa estructura, solo se conserva en la actualidad el escudo que tenía en la fachada, aunque sin la corona real que lo remataba. Cuenta Vázquez Rey que la fábrica estuvo situada en el lugar llamado “Campo dos Fornos” en un enorme rectángulo existente entre la calle de “Sobre la Villa” y el lugar denominado “As Viñas” y “Alto de Piñeiros”, terreno hoy atravesado por la carretera de Ferrol-A Coruña<sup>54</sup>.

### 9 de junio de 1639. La armada del arzobispo de Burdeos ataca A Coruña y Ferrol

No iban muy descaminadas las preocupaciones de un ataque inminente franco-holandés a los puertos gallegos del Golfo Ártabro, tal como anunciaban los dos planos de A Coruña y Ferrol que acabamos de estudiar. Cuenta Benito Vicetto que a comienzos del mes de junio “se preparaba una armada en La Coruña con los galeones de Lope de Hoces, los escuadrones de Galicia y de Lisboa, las naves construidas en Vizcaya, y las que más se pudieran para que, a

la llegada de las de don Antonio de Oquendo con las de Cádiz, le siguieran como a general en jefe” de camino a los mares de Flandes. Esto explica que hubiese en la ciudad, preparados para el embarque, 10.000 soldados y 4.000.000 de reales de plata<sup>55</sup>.

Seguramente tuvo conocimiento de este hecho el arzobispo de Burdeos, Henri d'Escoubleau de Sourdis (Fig. 16), tal vez a través de sus aliados holandeses. Se presentó en A Coruña cuando estaban fondeados en el puerto 30 barcos de guerra de las escuadras del Norte de España (Galicia, Vizcaya y Santander) y la flotilla de Dunkerque que estaba comandada por el almirante Martín de Horna. El belicoso prelado llegaba con una escuadra más poderosa pues contaba con 60 bajeles, 30 de ellos bien artillados, 10 no tan buenos y 20 brulotes de fuego<sup>56</sup>. Su estrategia pasaba por incendiar la flota española y, con ella, si la fortuna le acompañaba, la propia ciudad A Coruña; es decir pensaba utilizar la misma táctica que había aplicado el año anterior en la villa de Guetaria y que tantas satisfacciones le había dado al infringir una derrota humillante a Lope de Hoces que ahora estaba al mando precisamente de todas las armadas fondeadas en A Co-



*Illustrissime et Reverendissime HENRY, de  
SOURDIS, Archevêque de Bourdeaux Primat  
D'Aquit. Commandeur de L'ordre du St Esprit.*

Fig. 16. Retrato de Henri d'Escoubleau de Sourdis, arzobispo de Burdeos (Foto: [https://es.wikipedia.org/wiki/Henri\\_d%27Escoubleau\\_de\\_Sourdis#/media/File:Henry\\_de\\_Sourdis\\_archeveque\\_de\\_Bordeaux\\_et\\_marin\\_de\\_Richelieu.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Henri_d%27Escoubleau_de_Sourdis#/media/File:Henry_de_Sourdis_archeveque_de_Bordeaux_et_marin_de_Richelieu.jpg)).

ruña a la espera de la llegada de Oquendo que partía desde Cádiz. Cuenta González López que el 9 de junio de 1639 el arzobispo se presentó en la entrada de la bahía y le envió un desafío a Hoces, incitándole a medir sus fuerzas con las suyas en combate singular en mar abierto, pero que don Lope prefirió evitar la confrontación haciendo que fueran las fuerzas de tierra las que llevasen la iniciativa<sup>57</sup>. Era consciente, sin duda, de lo desigual de las fuerzas y que lo primero era poner a salvo la flota que tenía encomendada. El desastre de Guetaria le había enseñado a ver los terribles efectos que los barcos incendiarios podían causar sobre una flota anclada en puerto si no le procuraba una eficaz protección. Y por ese motivo, para evitar que el francés repitiera la táctica, tomó medidas y la primera fue tender entre los castillos de San Antón y de San Diego una cadena, detrás de la cual estuviesen protegidos todos los buques.

Por lo que sabemos, la cadena en cuestión estaba formada, según nos cuenta en un memorial el propio ingeniero Santáns Tapia, por “árboles de navíos atados pies con cabeza con gruesas maromas y unas pilas en cada ligadura” y protegida por pequeñas embarcaciones armadas que impedían la entrada en puerto de los temibles brulotes<sup>58</sup>. Había sido colocada por los pescadores y gentes de mar que empezaron a instalarla tan pronto tuvieron noticia que la escuadra francesa se acercaba, gracias a un mensajero que había partido de la villa de Ribadeo tan pronto fue avistada<sup>59</sup>. Como complemento a la cadena, el jefe general de la defensa, el capitán general marqués de Valparaíso, dispuso que las murallas de la ciudad estuviesen defendidas con más de tres mil hombres que asistieron también en las estacadas y trincheras que se construyeron para la ocasión y defendieron las zonas más accesibles<sup>60</sup> como eran, en efecto, las riberas de los Cantones y la Marina y la playa de San Amaro. Junto a ello también se dispuso que los fuegos de los tres castillos tomaran parte activa para hostigar al francés y mantener así su armada alejada de la población. Hubo, al parecer, fuego de distinto calado, unas veces proveniente de los disparos de los castillos, otras de los fuegos que lanzaron los cañones dispuestos en batería en los muros de la plaza, a los que se unieron los disparos que se lanzaron entre sí las dos arma-

das enfrentadas o los que abrieron también los barcos de Martín de Horna que llegaron a romper el cerco portuario establecido por el arzobispo. Como anécdota, destacar que una bomba francesa destruyó parcialmente la torre de la iglesia de Santiago y que otra cayó en una de las salas del palacio de la Audiencia donde estaban reunidos las autoridades militares encargadas de la defensa y que causó una gran conmoción<sup>61</sup>. Sin embargo, nada consiguió el arzobispo francés con su ataque, pues ni fue capaz de incendiar los barcos españoles fondeados en puerto, ni tampoco mantener el bloqueo, toda vez que algunos barcos al mando de Martín de Horna lograron salir por dos ocasiones. Además también fracasó con estrépito la intención de Sourdis de atacar Ferrol con una expedición de 2000 o 3000 hombres que, acompañados de algunas embarcaciones menores, llegaron a desembarcar en la ría y tuvieron que enfrentarse, sin éxito, con los defensores; principalmente una pequeña tropa de 2000 mosqueteros veteranos que al mando de Pedro Baygorri partieron de A Coruña a toda marcha, salieron al paso de los franceses y frustraron su intención de ataque tras cuatro horas de violenta lucha en la que tomó parte activa el gobernador de Ferrol Juan Pardo de Figueroa<sup>62</sup>.

La amenaza de la flota francesa duró siete días completos, del 9 de junio al día 15 del mismo mes en que emprendieron la marcha impulsados por los vientos del nordeste. Nada dice de una mala climatología Santáns del que poseemos una relación del ataque muy minuciosa; en cambio el otro narrador que fue testigo de los hechos, el soldado y escritor portugués Francisco Manuel de Melo (Fig. 17), que estaba en la plaza entre las tropas lusitanas que estaban a la espera de embarcar para Flandes, cuenta que la armada francesa partió – él señala como fecha de la llegada de la armada el 16 de junio y como fecha de partida el 23 de junio, víspera del día de San Juan<sup>63</sup> – ante la amenaza de una fuerte tormenta que se empezaba a formar<sup>64</sup>. Será difícil seguramente conocer toda la verdad sobre los pormenores del ataque. Con todo, sí se puede asegurar que pocas veces en el siglo XVII tomaron parte activa en un ataque al Golfo Ártabro tantos personajes destacados: un capitán general como el marqués de Valparaíso, tres milita-



Fig. 17. Francisco Manuel de Melo, *Epanaphoras de varia historia portuguesa*, Lisboa, 1676 (Foto: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Francisco\\_manuel\\_de\\_Melo\\_-\\_Epanaphoras\\_de\\_varia\\_historia\\_portuguesa.\\_Lisboa.\\_1676.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Francisco_manuel_de_Melo_-_Epanaphoras_de_varia_historia_portuguesa._Lisboa._1676.jpg)).

res o almirantes como Hoces, Horna y el francés d'Escoubleau de Sourdis, un ingeniero tan conocido como Santáns Tapia, un escritor eminente como el portugués Francisco Manuel de Melo y hasta el obispo de Lugo Juan Vélez de Valdivieso que, conocedor del ataque, acudió con su gente en defensa de la villa de Ferrol y se enfrentó de este modo al otro prelado católico<sup>65</sup>.

Esta actitud tan combativa del obispo Juan Vélez no fue, al parecer, bien comprendida por muchas gentes de su tiempo que censuraron su actitud tan aguerrida, impropia según ellos de un hombre dedicado a la religión; y quizá por ello tuvo necesidad de un defensor como fue el caso de Juan Pallares y Gayoso (1614-1668), el reputado canónigo magistral de la catedral lucense, pues lo indica expresamente en su obra *Argos divina Sancta Maria de Lugo de los Ojos Grandes*... (Santiago, 1700), en la que hace una breve incursión en la vida y hechos del obispo y comenta, precisamente, esta circunstancia<sup>66</sup>.

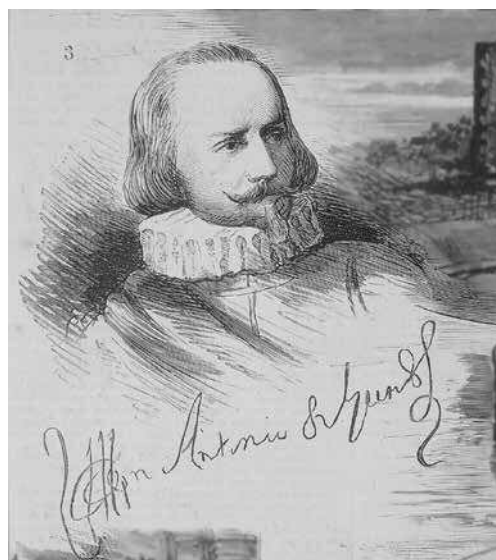


Fig. 18. Retrato de Antonio de Oquendo, por J. García Condo, 1940, Museo Naval de Madrid (Foto: [http://www.gipuzkoamuseobirtuala.net/img\\_upload/hitos/328/C213a1\\_Okendo.jpg](http://www.gipuzkoamuseobirtuala.net/img_upload/hitos/328/C213a1_Okendo.jpg)).

### 5 de Septiembre de 1639. La armada de Antonio de Oquendo sale de A Coruña

Alejado el peligro de la armada gala, los planes de Olivares prosiguieron con la orden dada a Antonio de Oquendo (Fig. 18) de que partiese cuanto antes con las escuadras agrupadas en Cádiz hacia el puerto de A Coruña para reunirse con todas las que comandaba Lope de Hoces<sup>67</sup>. Según sabemos llegaron a finales de agosto y fondearon fuera del puerto para permitir la salida del resto de la flota. Citan las fuentes más de 20.000 hombres y unos 50-60 barcos. Nada menos que ocho escuadras entre las que se encontraban las de Portugal, Nápoles y Galicia y la de Dunquerque que era la más experimentada en los mares nortños, a las que se sumaban 12 navíos ingleses fletados para transportar la infantería. Fue, según parece, una de las fuerzas navales más poderosas reunidas por la Corona después de la Gran Armada que, por cierto, también había hecho escala en el Golfo Ártabro. Salió del puerto la expedición el 5 de septiembre al mando de Antonio de Oquendo que iba en la capitana, un poderoso galeón llamado "Santiago" en honor al patrón de las Españas<sup>68</sup>. Ese día, es seguro que en la tumba del Apóstol de la

cercana catedral compostelana debieron de oírse extraños rumores. Era tradición que, en momentos previos a una batalla, bajo el altar mayor del templo apostólico, se oían ruidos “como choques de armas” que solo se producían “cuando los españoles han de sufrir alguna derrota”<sup>69</sup>. Debieron de ser, en todo caso, ruidos premonitorios, casi de estremecimiento, pues en efecto, días después, el 21 de septiembre de 1639 tuvo lugar en las Dunas –the Downs– (Fig. 19), frente a las costas inglesas, la gran derrota naval que Oquendo sufriría a manos del almirante holandés Maarten Harpertszoon Tromp (Fig. 20) y que marcaría el fin del poderío naval de España en plena guerra de los Treinta Años. Tuvo tiempo el almirante español de regresar a A Coruña tras la derrota en donde, herido de gravedad, quedó postrado en un lecho instalado en el hospital de San Andrés que estaba situado en el barrio de Pescadería, justo en la calle llamada de Arriba y que ya hemos mencionado. Falleció, como es sabido, el 7 de junio de 1640 víctima de las heridas producidas en el combate<sup>70</sup>. Dicen sus

más encendidos biógrafos que moría justamente cuando rompía el fuego la artillería de algún buque fondeado en el puerto coruñés al lanzar salvos por la salida del Santísimo en la procesión del Corpus Christi. Quizá forme parte este hecho de la leyenda que suele adornar la vida heroica de un militar. No obstante, sería entonces, según se cuenta, cuando, acalorado por la fiebre, tuvo Oquendo, al oír el tronar del cañón, tiempo para saltar de la cama y decir a grandes voces: “¡Enemigos! ¡Dejadme ir a la capitana, para defender la armada!”<sup>71</sup>. Sin duda, una frase memorable para pasar a la Historia.



Fig. 19. Batalla naval de Las Dunas (detalle), 1639, Willem van de Velde, 1659, RijksMuseum de Ámsterdam (Foto: [https://en.wikipedia.org/wiki/Battle\\_of\\_the\\_Downs](https://en.wikipedia.org/wiki/Battle_of_the_Downs)).



Fig. 20. Retrato del almirante holandés Maarten Harpertszoon Tromp, por Jan Lievensz (Foto: [https://es.wikipedia.org/wiki/Maarten\\_Harpertszoon\\_Tromp#/media/File:Maarten\\_Harpertszoon\\_Tromp.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Maarten_Harpertszoon_Tromp#/media/File:Maarten_Harpertszoon_Tromp.jpg)).

## NOTAS

<sup>1</sup> El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación titulado “Memoria, textos e imágenes. La recuperación del patrimonio perdido para la sociedad de Galicia”, concedido para el trienio 2015-2017 por el Ministerio de Economía y Competitividad. Tiene como código de referencia HAR2014-53893-R.

<sup>2</sup> Más información sobre este ataque en Cesáreo Fernández Duro, *Historia de la Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, IV, Madrid, 1898, pp. 68 y ss.

<sup>3</sup> Vid. Jonathan Brown y J. H. Elliott, *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Alianza editorial, Madrid, 1981, p. 180.

<sup>4</sup> Sobre el ataque a Guetaria vid. Cesáreo Fernández Duro, op. cit., pp. 176 y ss.

<sup>5</sup> Al respecto véase Baldomero Brígido Gabiola, “El ataque del arzobispo de Burdeos a la villa de Santoña en 1639”, *Monte Buciero 2 - Cursos* 1998, pp. 167-181.

<sup>6</sup> Véase Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), *El Atlas del rey planeta: la “Descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos” de Pedro Teixeira (1634)*, Editorial Nerea, Hondarribia, 2002.

<sup>7</sup> Felipe Pereda, “Un atlas de costas y ciudades iluminado para Felipe IV: La Descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos de Pedro Teixeira”, en Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), op. cit., p. 34.

<sup>8</sup> Agustín Hernando, “Poder, cartografía y política de siglo en la España del siglo XVII”, en Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), op. cit., p. 74.

<sup>9</sup> Richard Kagan, “Arcana Imperii: mapas, ciencia y poder en la corte de Felipe IV”, en Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), op. cit., p. 63.

<sup>10</sup> Cit. por Felipe Pereda, “Un atlas...”, art. cit., p. 45.

<sup>11</sup> Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), op. cit., p. 328.

<sup>12</sup> Ídem, ídem.

<sup>13</sup> Sobre esta cuestión puede consultarse José Ramón Soraluce Blond, *Castillos y fortificaciones de Galicia: la*

*arquitectura militar de los siglos XVI-XVIII*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 1985, especialmente pp. 38 y ss.

<sup>14</sup> Así lo indica, en efecto, en una inscripción: “AD LAVDEM ET HONOREM N-MINSANTI DEVS SERVI TUI FABRICA VERMVT ME ANO 1607”. Cit. por Dolores Barral Rivadulla, *La Coruña en los siglos XIII al XV. Historia y configuración urbana de una villa de realengo en la Galicia medieval*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 1998, p. 168.

<sup>15</sup> José Ramón Soraluce Blond, op. cit., p. 29.

<sup>16</sup> Jerónimo del Hoyo, *Memorias del arzobispado de Santiago*, Porto y cia. Editores, Santiago, s.a., pp. 221-222.

<sup>17</sup> Sobre los castillos vid. José Ramón Soraluce Blond, op. cit., pp. 103-110 y 95-98 respectivamente.

<sup>18</sup> Sobre la evolución histórica del puerto coruñés véase Alfredo Vigo Trasancos, “A Coruña: historia e imágen de un puerto atlántico (s. I-1936)”, en M<sup>a</sup> del Mar Lozano Bartolozzi y Vicente Méndez Hernán (eds.), *Patrimonio cultural vinculado con el agua: paisaje, urbanismo, arte, ingeniería y turismo*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 2014, pp. 381-394.

<sup>19</sup> Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), op. cit., p. 327.

<sup>20</sup> Ídem, ídem.

<sup>21</sup> Vid. M<sup>a</sup> del Carmen, Saavedra Vázquez, “Ferrol a finales del siglo XVI: actividad militar y desarrollo económico”, *Estudios Mindonienses*, n<sup>o</sup> 3, 1987, p. 278.

<sup>22</sup> Sobre los castillos puede encontrarse más información en Alfredo Vigo Trasancos e Irene Mera Álvarez, *Ferrol y las defensas del puerto de guerra del rey: la Edad Moderna. 1500-1800*, Autoridad Portuaria de Ferrol-San Cibrao, Ferrol, 2008, especialmente pp. 34-49.

<sup>23</sup> Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), op. cit., p. 327.

<sup>24</sup> José Montero Aróstegui, *Historia y descripción de la ciudad y departamento naval del Ferrol*, Imprenta de Beltrán y Viñas, Madrid, 1859, p. 276.

<sup>25</sup> Más información sobre la representación de la villa hecha por Teixeira

en Alfredo Vigo Trasancos, “Ferrol en el punto de mira (1587-1800): Imágenes artísticas de un puerto de guerra de la España atlántica”, en Alfredo Vigo Trasancos (dir.), *La ciudad y la mirada del artista. Visiones desde el Atlántico*, Teófilo comunicación, Santiago, 2014, especialmente pp. 253-255.

<sup>26</sup> Vid. Jorge Gómez Iparraguirre, “Planta del Frente a la Pescadería de la muralla de la Ciudad Alta de A Coruña con proyecto para su abaluartamiento” y “Proyecto para la reconstrucción del Cubo minado”, en Alfredo Vigo Trasancos (dir.), *Galicia en los siglos XVI y XVII. Planos y dibujos de arquitectura y urbanismo*, Consello Galego de Colexios de Aparelladores e Arquitectos Técnicos, Santiago de Compostela, 2003, pp. 103-107.

<sup>27</sup> José Ramón Soraluce Blond, op. cit., p. 45.

<sup>28</sup> Ídem, ídem.

<sup>29</sup> Íd., íd.

<sup>30</sup> En efecto, la real cédula de Felipe II del 14 de agosto de 1563, que ordenaba a la Real Audiencia pasar a residir definitivamente en A Coruña, le asignaba a la ciudad este título: “Por parte de la Ciudad de la Coruña, que es en ese Reyno de Galicia, nos ha sido hecha relación, que bien sabíamos como la dicha Ciudad era “fuerza y guarda de ese Reyno”, por tener, como tenía, muy buen puerto; y como antiguamente había sido muy poblada; y que agora de poco tiempo a esta parte, se había disminuido en vecindad, e iba creciendo, si no se pudiese remedio a ello, y si enemigos viniesen sobre ella, no habría resistencia; lo qual se remediaría, si se privilegiasen los moradores, que dentro della estaban ... Por ende yo vos mando que luego que esta nuestra Cédula os fuere mostrada, os partáis de esa dicha Ciudad con vuestra Audiencia a la dicha Ciudad de la Coruña, y esteis y residáis en ella, hasta tanto, que, por Nos, otra cosa os sea mandada. Fecha en Madrid, a catorce días del mes de agosto de mil e quinientos e sesenta e tres años. Yo El Rey”. Cit. por Enrique Vedia y Goo-sens, *Historia y descripción de la ciudad de La Coruña*, Imprenta y librería de D. Domingo Puga, Coruña, 1845, p. 170.

<sup>31</sup> Sus nombres estaban en directa relación con las dos calles a las que

accedían, entonces llamadas de Arriba y de Abajo y hoy de San Andrés y Cantones-Real.

<sup>32</sup> José Ramón Soraluce Blond, op. cit., p. 45.

<sup>33</sup> Ídem, ídem, pp. 98-99. También Leoncio Verdera Franco et al., *La Capitania General en la historia de Galicia*, Diputación provincial, A Coruña, 2003, p. 48.

<sup>34</sup> Un breve análisis del plano y la completa transcripción de su leyenda puede verse en Jorge Gómez Iparraguirre, "Plano de la ciudad y sus fortificaciones", en Alfredo Vigo Trasancos (dir), *Galicia en...*, op. cit., pp. 108-110.

<sup>35</sup> Aquí vuelve a hacer una larga relación de todos sus honores, añadiendo a los ya mencionados, el de "Ministro de la santa y general Inquisición de España". El libro lo dedica al "Excelentísimo Señor Don Francisco de Mello, Conde de Azumar, Marqués de Tor de Laguna, Governador y Capitán General destos Estados [de Flandes] y de Borgoña, etc." Añadía además que era de los pocos ingenieros españoles que había en Flandes (el único tras el regreso a España de Juan de Villa Roel) y que se había puesto a escribir su tratado porque consideraba que era necesaria una obra básica, sencilla, "sin alardes de citas, con proyección de las experiencias del autor y buen número de láminas". Entre sus "experiencias" menciona "la proporción conveniente de mezcla de cal" a utilizar en las obras de fortificación, indicando que esto lo dice "por haberlo visto en fábricas reales en diferentes partes y haber hecho yo fortificaciones de piedra en el presidio de la Coruña por orden de su Magestad y sus Governadores, de forma que no hablo desnudo de experiencia". Cit. por Francisco José León Tello y M<sup>a</sup> Virginia Sanz y Sanz, *Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1994, p. 9.

<sup>36</sup> Alicia Cámara Muñoz, "Esos desconocidos ingenieros", en Alicia Cámara Muñoz (coord.), *Los ingenieros militares de la monarquía hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid 2005, p. 23.

<sup>37</sup> Cit. por ídem, ídem.

<sup>38</sup> Los restos de la iglesia de Santo Tomás, quemada en 1589, fueron en efecto derribados, decidiéndose en 1592 que sus feligreses quedasen incorporados a San Nicolás, "quedando en el dicho lugar de la dicha iglesia y cuerpo della un çercadillo vaxo que no aga danno a la defensa de la dicha çiudad, y en el lugar donde estaba el altar mayor della se ponga un crucero alto de manera que denote aver estado allí dicha iglesia, y la piedra que della saliere se convierta en aprovechado de la iglesia de San Nicolas ... teniendo nesçesidad della para sus obras y aviendose de vender se venda para las obras de otras iglesias y monasterios". Cit. por Dolores Barral Rivadulla, op. cit., p. 260.

<sup>39</sup> Alicia Cámara Muñoz, *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*, Nerea, Madrid, 1998, pp. 30-32.

<sup>40</sup> Cristóbal de Rojas, *Teórica y práctica de fortificación, conforme a las medidas y defensas de estos tiempos*, Imp. Luís Sánchez, Madrid, 1598, p. 68.

<sup>41</sup> Sobre él véase Jorge Gómez Iparraguirre, "Plano de la ría y sus fortificaciones", en Alfredo Vigo Trasancos (dir), *Galicia en...*, op. cit., pp. 139-141. Se transcribe con precisión toda su leyenda, muy rica en datos e informaciones militares.

<sup>42</sup> Alfredo Vigo Trasancos e Irene Mera Álvarez, op. cit., p. 55.

<sup>43</sup> José Ramón Soraluce Blond, op. cit., p. 124.

<sup>44</sup> Sobre el edificio véase Carlos Aracil Rodríguez y Juan José Burgoa Fernández, *Monasterio Santa Catalina de Montefaro*, Pontedeume, Editorial Espino Albar, 2015.

<sup>45</sup> Alfredo Vigo Trasancos, "Ferrol en el punto...", art. cit., p. 255-256.

<sup>46</sup> José Ramón Soraluce Blond, op. cit., p. 124.

<sup>47</sup> El plano en cuestión, que está firmado por el ingeniero militar Francisco Montaigu y representa un proyecto reducido de Arsenal, se encuentra en el Museo Naval de Ferrol.

<sup>48</sup> Sobre los molinos de mareas véase Begoña Bas, *Muiños de marés e de vento en Galicia*. Fundación Pedro

Barrié de la Maza, A Coruña, 1991. Es también de interés la consulta de Manuela Santalla López, *Muiños, fornos e pan de Neda*, Edicións Embora, Ferrol, 2011, pp. 19 y ss. Esta autora dedica unos párrafos a informar sobre las aceñas reales que estaban situadas en el río Beellele, muy cerca de la villa de Neda. Vid. pp. 41.

<sup>49</sup> Sobre este tema véase Andrés Pena Graña, *Industrias e Reais fábricas de Narón en tempos da Ilustración*, Concello, Narón, 2007.

<sup>50</sup> Vid. M<sup>a</sup> del Carmen, Saavedra Vázquez, art. cit., p. 278.

<sup>51</sup> Ídem, ídem.

<sup>52</sup> Felipe Pereda y Fernando Marías (eds.), op. cit., p. 327.

<sup>53</sup> M<sup>a</sup> del Carmen Saavedra Vázquez, *Galicia en el camino de Flandes. Actividad militar, economía y sociedad en la España noratlántica, 1556-1648*, Edicións do Castro, Sada, 1996, p. 171, nota 87 y Juan A. Granados Loureda, "Ferrol na Idade Moderna", en Emilio Ramil et al., *Historia de Ferrol*, Via Láctea, Oleiros, 1998, p. 171.

<sup>54</sup> Antonio Vázquez Rey, *Crónicas nedenses y otros temas*. Edición literaria, introducción y aparato crítico por María José López Pérez. Ilustraciones de Xaime Tenreiro Rodríguez, Concello de Neda, Neda, 1994, pp. 169-172 y 177. Según el autor, mucha de la piedra del edificio fue aprovechada para construir viviendas del entorno.

<sup>55</sup> Benito Vicetto, *Historia de Galicia*, Nicasio Taxonera, Ferrol, 1873, VII, p. 59 y Emilio González López, *El águila caída. Galicia en los reinados de Felipe IV y Carlos II*, Editorial Galaxia, Vigo, 1973, p. 52.

<sup>56</sup> Estos datos nos los proporciona el propio Santáns Tapia en un impreso que publicó en 1639 y se conserva en la Biblioteca Nacional y que lleva por título "Relación Verdadera de la entrada que hizo la Armada del francés en compañía de la del Olandés, en la embocadura del puerto del Real presidio y ciudad de la Coruña...". Fue dado a conocer por José Ramón Soraluce Blond, "Una nueva versión del ataque francés a La Coruña en 1639", *Revista del Instituto José Cornide*, n<sup>o</sup> 12, 1976, p. 231. Sin embargo, Emilio González López, que se basa a su vez en Vicetto, dice que la



armada estaba compuesta por 42 barcos de línea, 12 transportes de tropas y 21 barcos de fuego llamados brulotes, vid. ídem, ídem, pp. 53-54.

<sup>57</sup> Íd., íd., p. 54. La fecha del 9 de junio es la que tradicionalmente se viene aceptando, si bien hay autores que proponen otro día del mismo mes (16 de junio) más próximo a la festividad de San Juan. Vid. notas 63 y 66. He intentado confirmar la fecha en el Archivo Histórico Municipal de A Coruña, lamentablemente las actas municipales del año 1639 se han perdido.

<sup>58</sup> José Ramón Soraluze Blond, art. cit., p. 237.

<sup>59</sup> Ídem, ídem, p. 236.

<sup>60</sup> Vid. Enrique Vedia y Goossens, op. cit., p. 97.

<sup>61</sup> Lo indica con precisión Francisco Manuel de Melo, *Epanaphoras de varia historia portugueza ... em cinco relações de sucesos pertencientes a este reyno, a despesa d'Antonio Craesbeeck de Mello*, Lisboa, 1660, p. 380. Dice así el autor: "Hua balla desbaratou parte da torre de Sant-lago, Igreja matriz da Corunha; outra, como se fora advertidamente, visitou o Consistorio dos Juizes q na casa de seu despacho estava consultando os meyoys políticos da defensa".

<sup>62</sup> Francisco Manuel de Melo, op. cit., pp. 383-384 y Emilio González López, op. cit., p. 55.

<sup>63</sup> Ídem, ídem. Dice así en sendos párrafos: "Nesta maneeira se achava a Corunha, quando em desaseis de Junho, se lhe mostraro formidaveis, desenrolados os estandartes de França, fazendo toda sua frota força de vela, por dobrar o Cabo de Prioulo, seis legoas distante da Cidade, pello rumo do Nornoroeste", p. 377. "Vespera de San Joao, setimo dia da assistencia da Armada, se acabou de recolher penosamente a Infantaria inimiga que desembarcara em terra.. Pouco antes da menham se desaforou a tromenta, ja da parte do Sureste, com tal soltura, que parecia procurava antes a destruição que a paz do Mundo. Cedo começaram a experimentar seus afeitos os navios

Franzeses... Tao brevemente & por modo tao inesperado, se vio espanha desoprimida das armas Francezas, batalhando em seu favor as naturais", pp. 384-385. Sobre la figura de este conocido escritor y soldado portugués del Siglo de Oro, véase Edgar Prestage, *D. Francisco Manuel de Mllo. Esboço biographico*, Imprensa da Universidade, Coimbra, 1914.

<sup>64</sup> Íd., íd.

<sup>65</sup> Benito Vicetto, op. cit., p. 59. "Nota 1: Y cuando la escuadra francesa al mando del arzobispo de Burdeos intentó hacer un desembarco en la Coruña en 1639, acudió a su socorro el obispo de Lugo D. Juan Vélez de Valdivieso con toda la gente que pudo juntar, tanto de eclesiásticos como de seglares; hecho que ya entonces se vituperó por varias personas".

<sup>66</sup> Juan Pallares y Gayoso, *Argos Divina Sancta Maria de Lugo de los Ojos grandes, Fundación, y Grandezas de su Iglesia, Santos naturales, Reliquias, y Venerables Varones de su Ciudad, y Obispado, Obispos y Arçobispos que en todos Imperios la governaron*, en la Imprenta de Benito Antonio Frayz, Santiago, 1700, pp. 430-431: "Por el mes de Junio año de 1640 [sic] el Arçobispo de Burdeos aportó a vista da Coruña con 40 navíos de guerra y algunos de fuego con intento de quemar las naves que tenía en el puerto D. Lope de Hocces, defendidas de una cadena. El día de S. Juan un recio temporal impidió al Francés sus designios. Tuvo nuestro Obispo repetidos avisos de su Excelencia D. Francisco de Iraracabal, marqués de Valparaíso, Capitán General y Gobernador del Reino, para que con el título y exercicio de Capitán general partiesse con toda la gente que pudiese a la Ciudad de Betanços y Villa de Ferrol, por convenir así para detener el orgullo del Francés. En su puntual execución partió este Prelado asistido de sus Prebendados ... y en compañía de mucho número de clérigos y seglares...y con ánimo de pelear con la gente que el Arçobispo hechasse en tierra; y el mismo valor alcanzó a los Eclesiásticos en caso

de necesidad, y que no bastasen los seglares, y fuese de tal calidad el peligro, que no pudiesen escusarlo en defensa de la patria..., y no de otra manera, a imitación de Abrahán, que llevó lenha al monte para el sacrificio de Isaac, si acaso faltase y fuese necesaria, en observancia del Abulense. En cuios términos la misma lei natural permite a los religiosos pelear por sus mismas personas y asistir para este intento a sus Prelados... Con aver sido la partida de D. Juan Vélez a Ferrol regulada con las prendas grandes de su prudencia y talento, y solo para el fin requerido, y ser tan crecido el número de herejes que venían en estos 40 navíos, no faltaron censores que la maliciaron al Obispo y a sus Curas, juzgando por indecente a su Dignidad... En defensa de resolución tan ajustada... he escrito un dilatado papel, recabando en premio de mi trabajo, su aprobación con las siguientes palabras. Con este papel tengo toda la defensa que manifiesta el acierto de mi proceder, y le estimo como la Mitra".

<sup>67</sup> Sobre la reunión de las flotas en el puerto de A Coruña, su posterior partida hacia el canal de la Mancha y la derrota naval de las Dunas, vid. Cesáreo Fernández Duro, op. cit., pp. 205 y ss. También Gonzalo Lorén Garay, "La batalla naval de las Dunas (1639)", *Revista de Historia naval*, nº 117, 2012, pp. 51-60.

<sup>68</sup> Véase Manuel Gracia Rivas, "Los Oquendo: historia y mito de una familia de marinos vascos", *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco, Museo Naval, San Sebastián, 2009, p. 717*. [http://um.gipuzkoakultura.net/itsasmemoria6/699-724\\_graciasrivas.pdf](http://um.gipuzkoakultura.net/itsasmemoria6/699-724_graciasrivas.pdf) [Fecha de consulta: 24/03/2016].

<sup>69</sup> Condesa de D'Aulnoy, *Relación que hizo de su viaje por España la señora condesa D'Aulnoy*, Tipografía Franco Española, 1892, p. 42.

<sup>70</sup> Manuel Gracia Rivas, art. cit., p. 719.

<sup>71</sup> [https://es.wikipedia.org/wiki/Antonio\\_de\\_Oquendo](https://es.wikipedia.org/wiki/Antonio_de_Oquendo) [Fecha de consulta: 25/03/2016].